



# Crítica

de Ignacio Valente

## Alcalde entre el Amor y la Muerte

### VARIACIONES SOBRE EL TEMA DEL AMOR Y LA MUERTE. CRISTA.

Alfonso Alcalde. Ediciones El Arbol de la Palabra (cuarta edición), Santiago, 1991, 62 páginas.

**C**HILE exalta a sus poetas con orgullo, pero luego los olvida con facilidad. Aquí está Alfonso Alcalde, añoso y casi ciego, mal promotor de sí mismo, solitario en una cabaña del sur junto al océano, escribiendo hasta morir: ¿quién lo recuerda? Su obra mayor, *El panorama ante nosotros*, es una especie de abigarrado canto general de Chile, altamente épico y lírico a la vez, tan extenso como desigual y caótico, con hallazgos memorables en medio de mucho relleno (como el de Neruda): un libro dispar, pero que merece no ser olvidado.

Hoy aparece la cuarta edición, casi artesanal, de sus *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte*. Llegué a conocerlas en su primera edición cuando, de visita en casa de otro crítico (que no era Alone), divisé este libro en su tarro de la basura. Le pregunté de qué se trataba, y me respondió que no valía nada; por si acaso, lo recogí y me lo llevé, y así tuve la primera noticia de esta obra y de su autor, al que ya por entonces el crítico uruguayo Angel Rama saludaba como un poeta de nota.

Las *Variaciones*, a pesar de su nombre, carecen de armazón musical y, más que un tema objetivo, su hilo conductor es un estado de ánimo, la piedad por los amantes de toda suerte, acompañada de un sentimiento trágico del amor y de la vida. Esta secuencia de salmodias eróticas repite siempre la misma estructura: cada poema se inicia con el sujeto *Aquéllos*; a continuación describe y revela a la pareja amándose y copulando con un frenesí desesperado que sólo la cercanía de la muerte hace posible; y se cierra con el estribillo de una bienaventuranza como *Sean bendecidos* o *El amor los redima*.

He aquí una de las salmodias más breves y expresivas: "Aquéllos / suicidas / decapitados a borbotones / aun anclados dentro de la muerte / aquéllos que se devoraron / frotándose como piedras / para iniciar el primer fuego. / El amor los bendiga". Y acto seguido: "Aquéllos / que abandonaron sus ropas / las inexplicables llaves de los hogares / y borraron toda huella de vida / ultimándose uno al otro / acusándose de mutua fidelidad / y blasfemaron sobre el único / cadáver del amor / Sean ensalzados".

Se notará, en estos breves ejemplos, que la relación entre el amor y la muerte —la casi identidad de eros y thánatos— no es retórica: hombre y mujer se aman para derrotar a la muerte, y no lo consiguen en absoluto, no sólo porque tras de amarse morirán sin remisión, sino porque la muerte misma penetra en el interior de su abrazo, y ya amándose están muriendo a velocidades vertiginosas; pero esa misma derrota anticipada confiere al amor su grandeza trágica, su estatura de intento casi heroico, y desde luego comunica a los amantes su ternura de comunes candidatos a cadáver, grandioso justamente por su derrota compartida con misericordia. Por eso, a pesar de todo, hombre y mujer son dignos de la bienaventuranza con que termina cada

poema: *Sean perdonados, El amor los resuelve*, etc.

Es digno de observar que los amantes de estas *Variaciones* se anudan en una especie de abrazo enemigo, se combaten, se torturan, se destruyen porque no pueden hacer otra cosa, y al hacerlo se aniquilan, hacen el amor con sus propios restos, como un eco del quevediano polvo serán, mas polvo enamorado, sólo que en una versión menos gloriosa y más desesperada, más sombría, más digna de piedad que de exaltación:

"Aquéllos / que abrieron sus entrañas / y luego velaron / sus enemigas bocas / profundas / loados sean", "Aquéllos / naufragos / que de rodillas / pidieron clemencia / y jadeantes aun / invadidos de tormenta / traicionaron su madero salvador / y lo quemaron, aventándolo / y sobre el fuego ardieron / frente al viento / desnudos y cenicientos / El amor los proteja". "Aquéllos / que oraron al borde de los catres / junto a las rejas que parecían ataúdes / que son ataúdes y en general todos / aquéllos que practicaban la indivisibilidad / del ser, la gestación como maldición, / la fecundidad por descuido, / los que se multiplicaron / a la deriva de sus grandes derrotas / y huecos permanecieron y vacíos vivieron: / los que encadenaron, ataron, sumaron / compraron o vendieron a una sola mujer / crucificándola de espaldas todas las noches / solitarias"...

El acento formal de estos poemas eróticos recoge voces reconocibles y prestigiosas, entre las cuales cabe destacar las de Neruda, Vallejo y de Rokha, y más lejos las de Quasimodo, Stevens, Dylan Thomas, aprovechados de modo primitivo y balbuceante, casi diría que mal asimilados. Lo que Alcalde ha hecho con estas voces no es una síntesis personal precisa y armónica, sino más bien un vozarrón confuso e imperfecto, donde el sentimiento trágico de la existencia se expresa a borbotones, como tanteando a ciegas las imágenes, los adjetivos, la distorsión de la sintaxis, acertando aquí y allá pero también perdiéndose en lo amorfo, en la retórica, en las palabras de más y de menos, con más ímpetu que estilo, con más ebriedad que exactitud.

Citaré todavía uno de los poemas finales, perteneciente al apartado que se titula *Crista*, y que no responde al modelo salmódico de las *Variaciones*: "Núcleos persistentes. / Nacimos para amar y nos han crucificado. / Rechinan los clavos, la mano perforada vislumbra / el laberinto de las entrañas, el disfraz de que / disfrutamos. / Crista por nosotros / sacrificada entre los dos océanos / cuyos pechos en esplendor / son como las torres / del bien y del mal / tan abruptas y serenas como una colina de trigo / donde el ojo persigue la sabiduría / que se detiene en su fuga, genera la vida y luego / perece / originando la belleza y la desesperación de la belleza / que nos hace envejecer junto a los pórticos mortales / comidos por los verbos"...

Este poema tiene la audacia casi blasfema de poner el nombre de Cristo en femenino, para sugerir luego una versión erótica de la crucifixión, sólo que la idea central, en vez de atenerse a esta inversión, se distrae y disipa en imágenes secundarias, y por último se dispersa en lo inexpresivo, a causa del defecto fundamental de esta poesía: su ignorancia del difícil arte de la composición, su inorganicidad.

Con todo, no se pueden negar a Alcalde sus momentos de fuerza bruta, que lo hacen digno de ser leído y recordado a pesar de su imperfección formal. ■